

Cuestión de tiempo

El estudio era de un estilo sobrio y clásico, una gran biblioteca, pequeñas estatuillas de sabuesos apoyadas en repisas de mármol, cuadros con mapas antiguos, una alfombra persa y un escritorio inglés donde, ahora, descansaba la caja de cigarros cubanos y su mano abriéndola lentamente. Desde un sillón verde, que daba a una ventana, lo encendió y llevándose a la boca, comenzó a fumar. Estaba a punto de lograrlo por eso agarró el vaso con hielo y lo llenó de whisky. Lógicamente, debía celebrar.

Toda la habitación estaba tranquila y parecía tenerlo a él, en su alegría incontenible, como centro principal y único. Mojando sus labios con la bebida, empezó a recordar: el estudio se vació y la figura de Laura apareció recortada en la ventana. Laura y las primeras salidas sin su hermano, Laura y las noches aterciopeladas, Laura y el primer beso. Siempre fue Laura, toda la vida y todo en la vida. A la salida de un baile, habían escapado a caminar por el parque. Bajo el cielo abierto, sentados en un banco dulcemente igual a los demás, se besaron por largo tiempo y por primera vez. Después vinieron las salidas más frecuentes, las peleas, las reconciliaciones, nuevamente las salidas, la luna de miel, la alegría y, por fin, la vida.

Extrañamente, todo seguía una continuidad onírica y vital. De hecho, así hubiera seguido de no ser por aquella noticia. Aquella noticia, y al rato, el llanto silencioso y el dolor calcinando las vísceras llenaban el estudio de un aire enrarecido y quebradizo. Tan raro y quebradizo como el teléfono roto o el avión de Laura al estrellarse contra el suelo. Ahora, levantando la vista del teléfono pudo ver la ventana vacía, las estatuillas de sabuesos, el

escritorio, el cajón con el revólver; y bajándola un poco, su brazo manchando a gotas la alfombra persa. A medida que las gotas se tornaban de un rojo más oscuro, el estudio recobraba la tranquilidad anhelada. Nueva-



mente, y mientras un viento suave la recorría, la habitación quedaba en calma; con una paz que parecía dejarla ajena a todo lo que la rodeaba. Ajena, incluso, al timbre que yo tocaba desde afuera. Como era nuevo, y debían firmar, toqué nuevamente. No contestó nadie. Abrí la puerta de la cerca blanca y, tomando el camino de tierra, me fui. Por suerte, era sólo un telegrama común y a su esposo no le interesaría saber tan rápidamente que estaba bien ni que había perdido el avión.

© Elbio Tomassini
1er año. Letras